



**Aula d'Història de Lo Rat Penat**  
**Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez**

**Tema XXXI.**

**Cristóbal Sorní.**

**Valencia en la Primera República.**

**Su vida.**

José Cristóbal Sorní nació en la ciudad de Valencia el año 1813 en el seno de una familia profundamente liberal. Su padre, Franco Sorní, adquirió especial protagonismo cuando en el transcurso del trienio liberal, 1820-1823, ostentó el cargo de oficial de la Milicia Nacional de Valencia, la formación de voluntarios civiles encargados de salvaguardar las libertades adquiridas y la Constitución de 1812.

Los sucesos de 1823, la llegada de los Cien mil hijos de San Luis que repusieron a Fernando VII en su condición de monarca absoluto, la inmediata persecución de todos los líderes liberales, determinaron a Franco Sorní a huir de España con su familia. El lugar de destino, como el de la mayoría de los exiliados españoles, sería Francia, donde, desde antiguo, los españoles de ideas liberales eran bien recibidos. Cristóbal Sorní tenía 10 años.

Fue en Francia donde transcurrió su adolescencia y una buena parte de su juventud, porque la familia Sorní no pudo volver a las tierras valencianas, a su primitivo hogar, hasta el año 1834.

Hasta el momento en el que, muerto Fernando VII, el “Deseado”, la reina regente, María Cristina, tuvo que llamar en su auxilio a todos los exiliados para hacer frente a las pretensiones de los carlistas, decididos a nombrar por la fuerza de las armas rey de España al pretendiente, hermano del rey muerto, Carlos María Isidro de Borbón, en detrimento de los derechos legítimos de la princesa Isabel que era menor de edad.

**1834.**

Tenía 21 años cuando Cristóbal Sorní retomó su vida social en la ciudad de Valencia, iniciando sus estudios de Leyes en la Universidad que había conocido la presencia de Luis Vives. Estudios que alcanzaron su mayor éxito cuando, alcanzada la licenciatura con gran brillantez, fue nombrado profesor suplente de la cátedra de Derecho de primer año.

Tiempo en el que Sorní declarará, también, su vocación política. Siguiendo los pasos de su padre se afilió al partido progresista, el partido al que pertenecía el general Espartero, que, en el momento, entre el año 1834 y 1840, estaba inmerso en las guerras carlistas. Guerras que tenían como contendientes a los defensores de la permanencia de la monarquía absoluta y el tradicionalismo católico, los carlistas, y los defensores de la monarquía



parlamentaria que en su día ostentaría Isabel II, en el momento, como hemos indicado, menor de edad.

Una filiación liberal-progresista la de Cristóbal Sorní, que, siguiendo la tradición familiar, le llevó a formar parte de las Milicias Nacionales, en cuya disciplina alcanzaría el grado de sargento y pasaría a formar parte de la Junta Revolucionaria que se ocupaba del gobierno de la ciudad.

Pero la caída en desgracia de los progresistas durante la regencia de María Cristina, que prefirió apoyarse en los moderados para seguir gobernando, obligó a Cristóbal Sorní a abandonar, de nuevo, la ciudad que le vio nacer. Se trasladó a Málaga donde había sido llamado por el arzobispo para que ocupase el cargo de secretario de su eminencia, al tiempo que actuaba también como asesor jurídico del cabildo catedralicio.

En Málaga entró en contacto con los miembros de su partido que preparaban el futuro inmediato de la política española. El general Espartero, duque de la Victoria, había vencido definitivamente a las fuerzas carlistas. Firmada la paz con el general Maroto, el héroe de los liberales volvía a Madrid para pedir cuentas a la reina regente. Al fin era él, con sus hombres, los que habían salvado el trono.

#### **1840.**

La regente ha sido forzada a presentar su dimisión. Los liberales-progresistas reclaman el poder. Baldomero Espartero, el vencedor de las guerras carlistas, el héroe del pueblo, es nombrado regente en sustitución de la madre de la futura reina. España conocerá a partir de ese momento el gobierno de unos liberales revolucionarios enfrentados no solo con los tradicionalistas, sino, también, con los moderados que controlan el poder económico, y con unas masas campesinas y urbanas que siguen en buena parte influidos por el poder de la Iglesia.

Cristóbal Sorní, en Sevilla en el año 40, ha participado como jefe de milicias en los pronunciamientos a favor del general Espartero, líder de los progresistas. Milicias revolucionarias en las que ha alcanzado el grado de capitán y la presencia en los órganos de poder de la provincia.

Pero el triunfo del duque de la Victoria será un triunfo efímero. La primera escisión entre las fuerzas políticas que lo sustentan se produce en el seno de su propio partido, cuando un grupo de sus diputados se enfrenta con él al entender que está ejerciendo un poder personal, propio de los militares, pero alejado del pensamiento democrático de los progresistas.

Joaquín María López, político valenciano, encabeza esta protesta al crear un grupo independiente en el parlamento español. Un grupo que se titula los progresistas puros, dispuestos a llegar a un pacto con los moderados que han encontrado su líder en la persona del general Narváez, duque de Valencia, y que cuentan con el apoyo ferviente de la joven reina, Isabel II, que acaba de alcanzar la mayoría de edad y el derecho a reinar.



Desalojados los progresistas del poder el año 1843, Cristóbal Sorní decide abandonar las tierras andaluzas donde se ha forjado como líder revolucionario, y retornar a Valencia. Aquí reabrirá su despacho de abogado y complementará su tiempo con las colaboraciones periodísticas, que, alejadas un tanto de la política, tendrán como objeto los comentarios jurídicos.

Tiempo de reflexión y de madurar los pensamientos, que se extiende hasta el año 1854.

### **1854.**

Los sucesos que contempla la Historia de España en el devenir del periodo que se extiende entre el año 1854 y el 1856 del siglo XIX, son esenciales en el conocimiento de la personalidad de Cristóbal Sorní.

El gobierno del general Narváez, tras diez años en el poder, había sido sustituido por un gobierno presidido por el general O'Donnell, vencedor en las guerras africanas y constructor de un nuevo partido, la Unión Liberal, que intenta aglutinar en su interior a los disidentes del partido progresista y a los propios del partido moderado. Un intento de estabilización de la política española que, en su primer acto, solo disfrutará del poder durante dos años.

Dos años en los que Cristóbal Sorní, elegido diputado en las Cortes Constituyentes, no solo conocerá de manera directa a los auténticos detentadores del poder, sino que, además, serán aquellos en los que su ideología liberal va a experimentar un cambio trascendental. Deja de creer en la monarquía como único instrumento válido de la forma de Estado para España, para iniciar su proceso de marcha hacia el republicanismo.

Tiempo de presencia en la capital del Estado en el que trabaría una buena amistad con los grandes líderes demócratas, Nicolás María Rivero el primero de ellos, líder del partido demócrata, con el que compartiría barricadas en los años siguientes, especialmente en el 66, cuyo final fue conocer la prisión durante cuatro meses, pero también a grandes líderes republicanos.

A Estanislao Figueras, que años después sería el primer presidente del poder ejecutivo de la Primera República, y a José María Orense, marqués de Albayda, el gran tribuno republicano afecto a la vida política valenciana que, en alguna medida, será su mentor en el camino hacia el republicanismo federalista.

Cristóbal Sorní había dejado de ser un político valenciano para convertirse en un político español. Es por ello por lo que en el año 1856 decidió fijar su residencia oficial en Madrid, donde abrió despacho de abogado, pero sin olvidar por ello sus raíces valencianas.

### **1868.**

Los doce años que transcurren entre 1856 y 1868 del siglo XIX, han sido, por lo que a la política española hace referencia, años de auténtico caos. Años en los que los gobiernos



progresistas, unionistas, moderados, de salvación..., se han ido turnando en el poder de acuerdo con los caprichos de una reina que ha otorgado el mando de la Nación, el nombramiento de primer ministro, a cada uno de las generales que, previamente, han sido sus amantes.

Una vida de locuras palaciegas, de escándalos públicos que ponen en cuestión la honestidad de la reina, se habla de sus amores con toreros de renombre, que no podían terminar más que de una manera: la expulsión de los Borbones de España, rechazados por el conjunto de la sociedad española, y la búsqueda de unas nuevas formas de Estado, Monarquía democrática o República, capaces de devolver a la sociedad española la dignidad perdida.

La Revolución de Septiembre del año 68, la llamada Gloriosa por sus partidarios, fue una revolución absolutamente distinta a los anteriores pronunciamientos militares, puesto que contó no solo con la dirección militar que le otorgaban los generales Prim y Serrano y el almirante Topete, sino también con el respaldo de la mayor parte de los intelectuales españoles, los llamados demócratas de cátedra, entre los que se encontraban personalidades tan relevantes como Emilio Castelar, Francisco Pi y Margall, Nicolás Salmerón, Fernando de Castro, Francisco Giner de los Ríos...,

Una revolución a la que se unió, desde sus comienzos, una numerosa participación de la burguesía ilustrada, en especial quienes se dedicaban a las profesiones liberales, juristas, médicos, profesores y maestros, literatos..., lo que ofrecía una imagen de máxima consideración. Imagen que ningún grupo social español, en principio, se atrevió a cuestionar, excepción hecha, claro está, del movimiento tradicionalista.

Las primeras diferencias entre los componentes de la dirección de la Revolución septembrina, se hicieron presentes cuando se planteó la necesidad de sustituir a Isabel de Borbón por un nuevo candidato para ocupar el trono. El almirante Topete y buena parte de la Unión Liberal, apostaban por el duque de Montpensier, miembro de la Casa de Orleans y casado con la hermana menor de la reina Isabel. Una monarquía que contaba con la presencia de dos grandes Casas nobiliarias: los Orleans y los Borbón.

Pero ante esa tesis que los moderados aceptarían también, se levantó la fuerza militar e ideológica que acompañaba al general Prim, marqués de los Castillejos.

Antiguo militar con mando en las Milicias Nacionales, vencedor en las guerras africanas, contaba con el apoyo de la mayor parte de la oficialidad del ejército, con el apoyo del partido liberal-progresista del que era el líder, y con el apoyo de la Masonería a la que pertenecía. Un conglomerado social y político que rechazaba de plano la presencia de cualquier Borbón en el trono.

Frente al duque de Montpensier el grupo progresista liderado por Juan Prim, presentó, después de una búsqueda por toda Europa del candidato más idóneo, todas las casas reinantes ofrecían su propuesta, la candidatura de Amadeo de Saboya duque de Aosta.



Perteneciente como príncipe a la Casa de Saboya que reinaba en Italia, ofrecía dos condiciones que le aproximaban a los demócratas y a los republicanos. Era un hombre honrado, modesto, buen conocedor de la monarquía democrática por su familia, y miembro destacado de la Masonería italiana. Una figura que garantizaba el parlamentarismo puro y la cesión del poder a los gobiernos electos.

Las Cortes españolas se fragmentaron. Frente a los dos candidatos con mayores posibilidades, el duque de Montpensier y el duque de Aosta, los carlistas seguían contando con su pretendiente, y también los demócratas y republicanos opinaban que el cambio real sería el cambio de la República.

Cristóbal Sorní, electo por Valencia diputado a Cortes y adscrito a la minoría republicana federal, era el republicanismo el camino final de su trayectoria ideológica, contempló, junto a sus compañeros de partido, el triunfo en las Cortes del general Prim y el nombramiento de Amadeo de Saboya como rey de España.

El año 1869 fue pródigo en los acontecimientos políticos sucedidos en tierras valencianas, y, en su tramo final y comienzos de la siguiente década, en los españoles.

Por lo que a Valencia hace referencia es necesario recordar que, ante la petición del gobierno de Madrid, liberal-progresista, exigiendo que todos los miembros de la Milicia Nacional entregasen sus armas y se disolviesen, puesto que era el ejército regular el responsable de las garantías constitucionales y el gobierno nacido de la revolución el que lo lideraba, los responsables de la Milicia Nacional de Valencia, apoyados por Sorní y por el marqués de Albayda, se negaron a deponer las armas.

Una desobediencia pública alentada por los republicanos, que condujo al primer cerco que la ciudad de Valencia conoció por parte del ejército español. Asedio recordado por su dureza durante años que se saldó con un acuerdo final de paz entre el gobierno de Madrid y los sublevados de Valencia. Una paz que llegaba después de que las milicias valencianas derrotaran sucesivamente los cuatro intentos que el ejército español hizo de tomar la ciudad.

Las secuelas no se olvidarían durante años. Había quedado claro que en Valencia, a nivel de dirección política, el control lo ejercían los republicanos.

En el plano de los sucesos acaecidos en España, en los inicios del año 1870, el acontecimiento más reconocido, con dimensiones europeas, fue el asesinato del general Juan Prim, por parte, seguramente, de personas pagadas por el duque de Montpensier, aunque oficialmente se sostuvo que eran grupos anarquistas los que habían participado en el asesinato.

Un hecho, la muerte del jefe del gobierno, que privaba a Amadeo de Saboya de cualquier soporte para seguir gobernando, porque solo, y de un modo bastante tímido, solo los liberales-progresistas, escindidos entre los seguidores de Sagasta y los de Ruiz Zorrilla, lo sustentaban.



No es por ello extraño que en el mes de febrero del año 1873 presentase su renuncia al trono. Una renuncia que fue aceptada por los carlistas, por los alfonsinos, las dos formaciones monárquicas, por los demócratas, por los republicanos federales, y por los republicanos unionistas.

### **1873.**

El 11 de febrero del año 1873 se instauraba en España, como resultado de la votación mayoritaria de los partidos políticos con representación en las Cortes Españolas, la República como forma de Estado.

Una República que nacía con un débil apoyo social. Como dirían los periódicos del día siguiente a la votación de la Cámara, votación celebrada en el discurrir de una noche sin tregua hasta el amanecer, España se había acostado monárquica y se levantaba republicana. Una incógnita a despejar cuya capacidad de sobrevivir era puesta en cuestión desde sus inicios.

La primera evidencia a destacar era que la nueva República solo contaba con el apoyo de los intelectuales y de los profesionales liberales, en suma, con la pequeña burguesía ilustrada, mientras que tenía enfrente, como grupos sociales, a la Iglesia Católica en bloque, que se debatía entre los carlistas y los moderados; al ejército, en su mayor parte, que había perdido a su líder progresista más significado y que se movía entre su apoyo a una posible vuelta de los Borbones y la apuesta por un régimen estrictamente militar; a la burguesía moderada que apostaba por la vuelta de los Borbones aunque no en la persona de Isabel II. La opción del príncipe Alfonso se perfilaba.

Quedaba por determinar la posición del pueblo llano. Un pueblo, en fin, que, excepción hecha de los republicanos más radicales, en el fondo socialistas y anarquistas que solo pensaban en la revolución proletaria, solo contemplaba los hechos sin entenderlos demasiado, dispuesto a aceptar cualquier solución que se enmarcase en lo ya conocido.

Por eso, por su falta de soporte social, los gobiernos republicanos pudieron sucederse casi sin tiempo para consolidarse. Cuatro en once meses.

Estanislao Figueras, que se fugó a Francia no se sabe si por amor a una mujer o por pánico a gobernar una República; don Francisco Pi y Margall, líder indiscutido del republicanismo federalista; Nicolás Salmerón, jurista eminente y hombre procedente de los demócratas de cátedra; Emilio Castelar, también demócrata de cátedra, y líder del republicanismo unitario y moderado.

Por lo que a la figura de Cristóbal Sorní hace referencia, recordar su adscripción al republicanismo federal y al liderazgo de Pi y Margall.

Cuando este fue nombrado presidente del poder ejecutivo de la República, recordemos que la Primera República española no llegó a tener presidente de la misma porque nunca pudo aprobarse la Constitución ya redactada del año 1873, Cristóbal Sorní ocupó el primer



escalón de la vida política española al ser nombrado por su condición de miembro destacado del federalismo, ministro de Ultramar.

Un puesto que tenía bajo su dirección todo lo referente al buen gobierno de nuestro imperio ultramarino. Es decir, a la vida de Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, las Marianas..., en varias de las cuales existían dos problemas de absoluta vigencia: el sentimiento nacionalista que era alimentado por todos los países americanos que habían conseguido la independencia, y el problema de la permanencia de la esclavitud en aquellas islas que, para la producción intensiva del azúcar o del tabaco, precisaban de una mano de obra muy abundante y muy barata.

A resolver ambos problemas, la esclavitud y el deseo de independencia en Cuba y en Filipinas, en menor grado en la isla de Puerto Rico, dedicó Cristóbal Sorní su tiempo, breve, dadas las circunstancias, como miembro del gobierno de España.

En el tema de la esclavitud su resolución le convierte en un hombre que tiene un lugar destacado en la Historia Universal, porque decretó de inmediato la abolición de tal lacra en la isla de Puerto Rico, así como la liberación de diez mil esclavos en la isla de Cuba.

Medidas que, evidentemente, le enfrentaron con todos los propietarios españoles con intereses en Cuba y Puerto Rico, puesto que, según la propaganda que inundó los periódicos, estaban atentando gravemente contra la estabilidad económica de los españoles. El aumento de los costes de producción de las materias primas en Cuba, Filipinas o Puerto Rico, redundaba, necesariamente, en los precios al consumo de los productos importados.

En el tema del afán independentista de cubanos y filipinos, Cristóbal Sorní, como miembro del partido republicano federal, defendió la necesidad de apoyar a los partidos autonomistas que existían en cada una de nuestras posesiones ultramarinas. Partidos autonomistas que, sin renunciar a la defensa de las características específicas de cada uno de sus territorios y defendiendo su autogobierno, no planteaban por el momento la completa separación de España.

Una posición del ideario republicano que se enfrentaba frontalmente con la posición de la mayoría del ejército, que apostaba por la solución militar, acabar con los separatistas que recibían el nombre de filibusteros, y con la aristocracia y la burguesía financiera y terrateniente, dominadora de los medios de comunicación, que pretendía mantener a toda costa la situación precedente.

Temas ambos, la esclavitud y el independentismo, que están en la raíz del fracaso de la República. Era imposible mantenerse en el poder si se tenía enfrente a la Iglesia, al Ejército y a las fuerzas sociales que dominaban la economía.

Pero no fueron, triste paradoja, los grandes propietarios, el Ejército o la Iglesia, los que acabaron con el gobierno de Pi y Margall y con la labor ministerial de Cristóbal Sorní. Fueron los propios simpatizantes del federalismo, los más radicales, los que hundieron el



gobierno al decidir, frente a la dirección del partido, el comienzo de la revolución cantonal que en Valencia, como en Murcia o en Andalucía, tuvo una especial virulencia.

El Cantón autónomo de Valencia se constituyó en el mes de agosto del año 1873 y tuvo una duración de trece días. Los suficientes para que de nuevo el ejército español sitiara la ciudad. Los líderes revolucionarios, Virginio Cabalote y el Enguerino, fueron capaces de detener el ataque, pero el bombardeo de la ciudad obligó a pedir la paz. Una paz que salvó la vida de los insurrectos pero que hirió de muerte al partido republicano federal de Valencia y a la propia personalidad de Cristóbal Sorní.

Una revuelta cantonal, en suma, que forzó la renuncia de Pi y Margall, puesto que el presidente del poder ejecutivo no deseaba mandar al ejército contra sus propios simpatizantes. Renuncia que determinó, tras la dimisión de Nicolás Salmerón que se negó a firmar las penas de muerte solicitadas por el ejército, y la posterior derrota de Emilio Castelar en la Cámara de diputados al intentar obtener poderes extraordinarios para resolver la situación, el golpe militar encabezado por Serrano y llevado a cabo por el general Pavía, capitán general de Madrid, que ponía fin a la Primera República española.

Se vivía el mes de diciembre del año 1873.

### **1883.**

Implantada la Restauración borbónica a partir del mes de septiembre del año 1874, Cristóbal Sorní se retiró de la política activa. Su tiempo estuvo dedicado a la reorganización en Madrid y en Valencia del partido republicano federal que había quedado muy afectado tras las revueltas cantonales, a atender los asuntos jurídicos que le encargaban, y a ayudar a su amigo Constantí Llombart a llevar a cabo el gran sueño de la Renaixença Valenciana.

El año 1883 Cristóbal Sorní fue el mantenedor de los Juegos Florales de la ciudad y reino de Valencia que organizaba Lo Rat Penat, la sociedad cultural nacida del esfuerzo de una buena parte de la sociedad valenciana dirigida por Teodoro Llorente, de quien hablaremos en páginas posteriores, y por Constantí Llombart, el poeta del pueblo, republicano federal.

Una intervención, como mantenedor, en la que glosó el ser de la Patria valenciana recordando su identidad diferenciada y su gusto por la libertad. También su papel en el mundo de las artes que demostraba su permanente amor por la belleza. Porque Cristóbal Sorní, más allá de cualquier adscripción política, era, sobre todo, un valenciano enamorado de su tierra. Un valenciano que ponía a disposición de la defensa de la identidad de su pueblo todo su saber y todo el entusiasmo de quienes luchaban por defender la presencia de Valencia, de su Cultura, en España y en el Mundo.

Moría Cristóbal Sorní en Madrid el año 1888.

### **Su obra.**



Sobre tres ejes fundamentales se deslizó la vida y el pensamiento de Cristóbal Sorní: la defensa de la dignidad de los hombres y de los pueblos; la defensa de las libertades individuales y colectivas; la defensa de la identidad valenciana.

Hemos planteado como el ápice de la acción pública del gran político valenciano que estudiamos, su aportación al gravísimo problema de la esclavitud en el mundo. Un problema que ensangrentaba la vida de algunas Naciones que eran incapaces de ceder ante las presiones de los más poderosos.

Estamos en la segunda mitad del siglo XIX.

Un momento en el que el problema de la esclavitud está tan arraigado en América, que parece imposible alcanzar una solución posible. Es el momento en el que, como ejemplo más significativo, en los Estados Unidos de Norteamérica estalla una guerra civil entre sus estados del Norte del territorio, industrializados, culturalmente europeos y abolicionistas de la esclavitud como lógica consecuencia, y sus estados del Sur, esclavistas porque necesitan una mano de obra muy barata para la rentabilidad de sus cultivos de algodón, ajenos a la industrialización, al proceso liberal que Europa está viviendo, y proclives a encerrarse en un autonomismo propio de las minorías aristocráticas nacidas de la posesión de la tierra.

Una guerra, la de secesión americana, que pone en cuestión los valores propios de la civilización y que, como no podía ser de otro modo, termina con el triunfo de los abolicionistas, que es tanto como decir con el triunfo de las clases medias, de la democracia y del progreso. Una guerra que transcurre entre los años 1861 y 1865.

Es obvio el afirmar que la guerra de Secesión de los Estados Unidos, tuvo una enorme repercusión en Europa, pero, sobre todo, en la América del Sur, y, por lo que a España hace referencia, en las colonias americanas y fundamentalmente en Cuba. Las clases medias, los criollos, y también las clases más desfavorecidas, clamaban contra la presencia de una esclavitud que atentaba contra uno de los principios más sagrados de la Cristiandad: la dignidad del ser humano.

Un sentimiento que el republicanismo español va a recoger para integrarlo en su ideario. Cristóbal Sorní fue el ejecutor directo de ese sentimiento. Por ello la eliminación de la esclavitud en las tierras españolas se convirtió en la más urgente de sus tareas.

Parte del ideario republicano era, en el momento que estudiamos, el reconocimiento del derecho de los hombres y de los pueblos a su libertad.

En su concepción individual tal vez fuera para los republicanos, más allá de la defensa de la libertad de pensamiento y de acción política, el necesario apoyo al sufragio universal como derecho de todos los ciudadanos, a participar en la elección de sus representantes. Un sufragio universal que, en el siglo XIX en España, no contemplaba ninguna de las fuerzas políticas que sostenían a la monarquía, favorables al censitario, de los que tienen medios de fortuna.



Pero en la acción pública de Cristóbal Sorní, en el ideario republicano, hemos de añadir su defensa de los derechos de las Naciones a su independencia. Un tema de absoluta preferencia en una Europa que vivía la lucha de los italianos por conseguir la unidad de su Patria frente a la dispersión que se vivía entre los dominios de la Casa de Saboya al Norte, el Piamonte, y los propios de la Casa de Borbón al Sur, Nápoles y Sicilia, más los propios de la Iglesia, los estados pontificios, en el Centro.

Una lucha por la unidad nacional que Alemania conocía también bajo el intento unificador llevado a cabo por Bismarck, capaz de convertir el reino de Prusia en el II Reich alemán. Y las luchas de otras Naciones, Hungría, Bohemia, Polonia..., por alcanzar su plena independencia.

Es en este marco de la libertad de las Naciones y el fin de los Imperios, donde se enmarca la posición del republicanismo federalista y, como consecuencia, de la acción política en defensa de las autonomías de Cristóbal Sorní.

Apuntemos finalmente la presencia de Cristóbal Sorní en la batalla de Valencia por su propia identidad. La Renaixença valenciana tiene dos motores que la impulsan simultáneamente. De una parte, la visión regionalista, encarnada por Teodoro Llorente, tradicionalista y defensora de la lengua valenciana, y la propia de Constantí Llombart, que defiende la identidad nacional de Valencia como pueblo diferenciado. En esta visión se inscribe Cristóbal Sorní.